

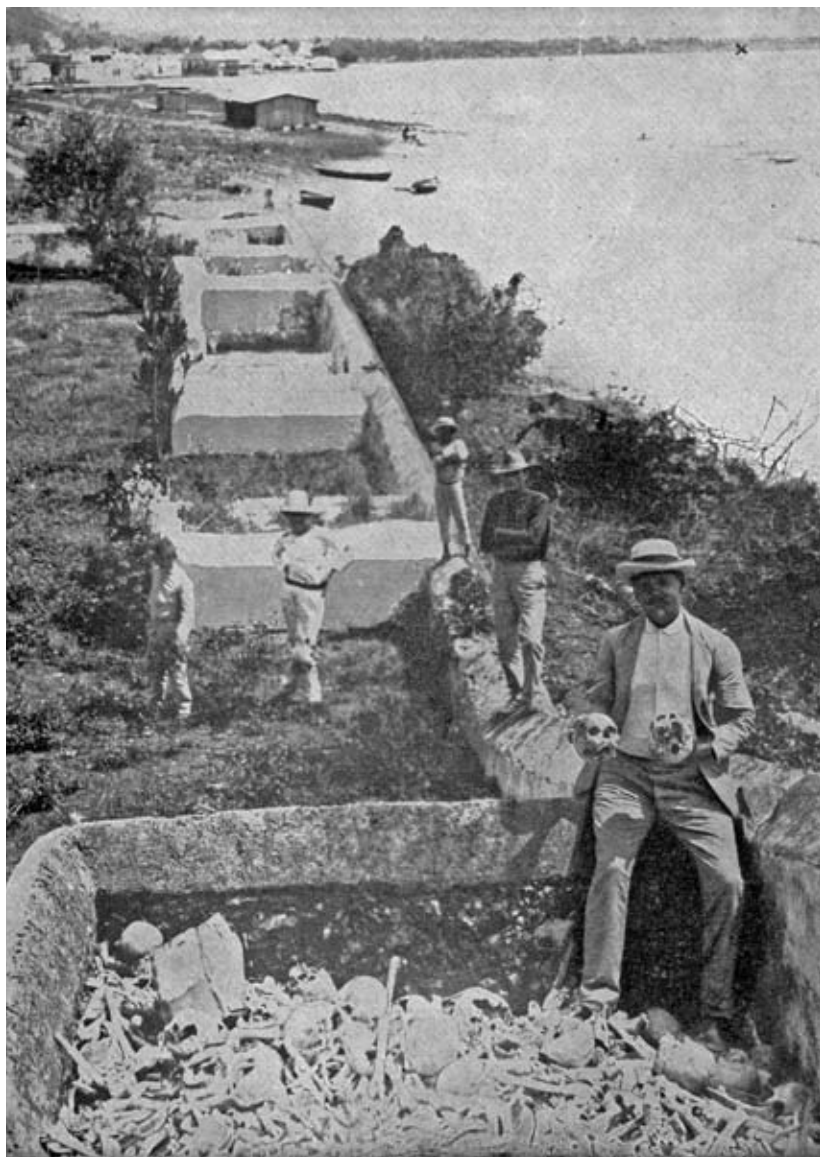
son las dos relaciones negativas, una de dominación y la otra de competencia, respectivamente. La tercera expresa una relación positiva (aunque desigual) entre la civilización estadounidense y los puertorriqueños. El pueblo puertorriqueño estuvo dominado por cuatro siglos por la civilización española y necesitaba la ayuda de otra civilización superior en vías de expansión. Es decir, la civilización americana desplazaría la dominación española y desempeñaría un papel tutorial, civilizando a los puertorriqueños. Este proyecto civilizador se basó en la suposición de que los puertorriqueños eran atrasados, no tan civilizados. Dentro de este marco general se construye el “otro” puertorriqueño y se establece la nueva relación colonial. Además, el proyecto imperial se basó en la premisa de que se podía transformar a los “otros” puertorriqueños en seres más parecidos a los estadounidenses. Tal proyecto se encarnó en las variadas y diversas estrategias de “americanización”.

La dominación española del *Paraíso*

El texto de Olivares intercala unas críticas muy agudas a la presencia española en Puerto Rico desde la conquista hasta el 1898. En una de sus secciones más apasionadas, el autor presenta el período precolombino como un verdadero paraíso en la tierra y exalta los aspectos negativos de la conquista española, particularmente la guerra contra de los indios, su esclavitud y su destrucción como pueblo. En esta sección describe a Juan Ponce de León como un “monstruo humano”. Aunque era imposible presentar retratos de la conquista y la explotación brutal de los taínos a manos españolas, se presentan simbólicamente los resultados negativos de la presencia española en Puerto Rico a través de fotografías de lugares históricos y de los textos que acompañan y anclan tales fotografías. Varias fotos asocian la colonización y dominación española con la pobreza humana y con costumbres crueles o bárbaras, especialmente las fotos de las ruinas de Caparra y del supuesto lugar de desembarque de Colón. Entre éstas, sobresale la fotografía 10 del cementerio de Aguadilla.

En esta fotografía observamos a un hombre, identificado como “caballero español”, en un cementerio, éste aparece sentado con los pies encima de un montón de huesos humanos y sostiene dos calaveras en sus manos. La leyenda de la fotografía hace referencia a la práctica de desenterrar los restos y tirarlos en una fosa común después de vencer el período de alquiler de la tumba. La fotografía muestra los huesos amontonados de personas de las clases populares, es decir, de puertorriqueños, que no podían continuar pagando el alquiler de la tumba. La posición del español, claramente posada, exhibe una actitud de desdén y poco respeto hacia los muertos y el texto implica su avaricia. La práctica de tirar los huesos viejos en una fosa común, según Olivares, “es una costumbre que no continuará bajo la influencia americana”.⁵⁷ Simbólicamente, la fotografía establece una relación entre la destrucción y explotación del pueblo puertorriqueño, representado por los huesos, y los españoles, representados por el dueño del cementerio. Para reforzar esta

Foto 10 / "Cemetery and Boneyard at Aguadilla, Porto Rico"



asociación, el fotógrafo marca el horizonte con una equis donde supuestamente Colón desembarcó por primera vez en Puerto Rico.

Además del trasfondo histórico, el autor examina también las desigualdades sociales contemporáneas. Las representaciones más claras de la dicotomía entre los puertorriqueños (pobres y explotados) y los españoles (ricos y dominantes) se elaboran a través de una descripción de la clase social y de la raza. Olivares describe los tres grupos principales de la siguiente forma:

Existen varios tipos distintos de personas o de razas en la isla. Primero, están los naturales de Castilla que constituyen la clase terrateniente, dominante y adinerada. Tanto los hombres como las mujeres castellanos son tan orgullosos como Lucifer y se vanaglorian de su sangre española.⁵⁸

Luego están los peones, de tez blanca o mulatos claros, cuyo origen africano se entrevé, en mayor o menor grado. ... La mayoría de los peones son blancos, a pesar de que hay muchos mulatos, y los negros no son pocos.⁵⁹

En tercer lugar está el africano puro, tan negro como el as de espadas y, por lo general, de físico magnífico. De éstos últimos, hay muy pocos, no obstante, existe una colonia en uno de los extremos de la isla.⁶⁰

En el texto, los contrastes entre los españoles y los puertorriqueños, asociados con la clase dominante y la clase subalterna respectivamente, son bastante tajantes.⁶¹ El autor concibe la clase dominante como una aristocracia anticuada, improductiva y afeminada, representada por mujeres aristócratas.⁶² En palabras de José de Olivares: "Las mujeres de la clase aristocrática de Puerto Rico representan la mejor y más alta civilización de España como existía hace cien años".⁶³ En la fotografía 11 se presenta un retrato formal de una "muchacha española bonita de Mayagüez". Su ropa fina, su expresión y su pose con un libro abierto indican su bienestar económico, su educación y su alto status social. En la misma página se presenta también un retrato formal de "una señorita española refinada" y en una página anterior aparece una fotografía de una agrupación informal de tres "señoritas españolas aristocráticas" en una plaza.⁶⁴

Aunque el libro no presenta retrato alguno de los hombres de la clase dominante, Olivares los retrató con su pluma como una "aristocracia indiferente". Las palabras de desaprobación fluían de su pluma: lasitud, apatía, indolencia, languidez, descuido, ocio, sonambulismo. Según su

Foto 11 / "Pretty Spanish Girl of Mayaguez, Porto Rico"

Foto 12 / "Porto Rican Cigarette Girl"



propio relato, Olivares entrevistó a un aristócrata de San Juan, preguntándole cuál era su actividad principal; el hombre le respondió con cierta melancolía en su voz: “Acostarme en la noche y levantarme en la mañana”.⁶⁵ Los terratenientes también gozaban de una vida de ocio y lujo.⁶⁶ Así Olivares caracteriza a los hombres de esta aristocracia como escasos de energía, esfuerzo, vigor, interés y liderazgo; en una palabra, les faltaba hombría. Vivían con tanto desahogo, comodidad y lujo que no parecían hombres de verdad. Los militares españoles recibieron trato igual. El libro presenta varias fotografías de agrupaciones de militares españolas posadas mientras que, en el texto Olivares, contrasta la valentía de los soldados con oficiales estadounidenses victoriosos y la cobardía de los españoles derrotados.⁶⁷

Una sola puertorriqueña mereció un retrato, quizás por su encanto físico, su vestimenta atractiva y su actitud expectante y un poco desafiante. La puertorriqueña, a diferencia de las españolas, era una cigarrillera mulata (véase la fotografía 12). Se le retrató en la calle, una señal de su bajo status social. Este contraste fotográfico establece la distinción fundamental simbólica entre las mujeres españolas, blancas y aristocráticas, y las mujeres puertorriqueñas, mulatas y obreras.

La vivienda, la ropa y las características fenotípicas sirven como indicadores de la clase social y de la raza de la gente en las fotografías.⁶⁸ Los puertorriqueños aparecen en agrupaciones informales de gente mulata frente a sus humildes casas o bohíos. Por ejemplo, la fotografía 13 presenta a un grupo de mujeres y niños (varios de ellos desnudos), vecinos de un barrio de Aguada. El título de la fotografía identifica explícitamente a la gente como puertorriqueña, lo que se ajusta a la noción del autor de que los puertorriqueños eran gente mulata de las clases subalternas. El texto escrito resalta a los puertorriqueños campesinos, mientras que las fotos exhiben una variedad más amplia de puertorriqueños pueblerinos y urbanos. Esta fotografía y muchas otras más sugieren la existencia de clases obreras y medias en Puerto Rico, algo que recibe poca atención en el texto. En este sentido, la representación textual de los puertorriqueños como campesinos diverge del grueso de las fotografías que muestra pueblos con sus pequeños negocios y talleres.

Olivares describe a la clase alta como “española” o “castellana” y “blanca”. No obstante, su apreciación de la clase dominante exhibe cierta ambigüedad ya que el autor no puede distinguir fácilmente a los españoles de los criollos:

... y no se puede diferenciar el español por ascendencia, pero puertorriqueño por nacimiento, de los funcionarios españoles o del especulador que vino a la isla tan sólo para hacerse de dinero, pero que tiene la esperanza de regresar a los suelos de Castilla la Vieja luego de haber llenado sus bolsillos. Entre los dos tipos de españoles no existe mucha afinidad verdadera, excepto la de compartir la misma procedencia.⁶⁹

La inconsistencia de esta cita demuestra la ambigüedad del autor respecto a los criollos. Por una parte dice que no existe una distinción entre el español nacido en Puerto Rico y el español nacido en España. Por la otra, menciona que no hay ninguna “afinidad” entre los dos “tipos de españoles”.⁷⁰ Así, las clases dominantes se presentan como españolas blancas, mientras que los criollos quedan opacados en el texto y las fotografías.⁷¹ Las fotografías de casas opulentas, negocios exitosos y grandes propiedades, sin duda connotan una clase dominante; sin embargo, no se presentan las personas que componían dicha clase. Por ejemplo, varias fotografías presentan vistas de propiedades, pero en cada caso es la presencia de los obreros y no la de los dueños la que domina la composición (véase la fotografía 14). Así, el libro representa a Puerto Rico como un lugar productivo de riqueza agrícola, pero desplaza a la clase propietaria; abre un espacio simbólico para el inversionista extranjero.

Aunque con cierta dificultad y ambigüedad, el texto elimina a la clase dominante criolla y a la clase media puertorriqueña, mientras refuerza simbólicamente la dicotomía entre la clase dominante española y la clase subalterna puertorriqueña. La ausencia discursiva de las clases criollas medias o altas evoca la necesidad de un gobierno estadounidense sobre la Isla ya que elimina simbólicamente la presencia de una clase gobernante puertorriqueña⁷² y refuerza la dicotomía, la relación negativa, entre la civilización española y el pueblo puertorriqueño. Esta relación negativa sirvió de justificación para proyecto civilizador estadounidense. No obstante, para poder imponer este proyecto, los estadounidenses tenían que construir un pueblo puertorriqueño incapaz de gobernarse a sí mismo, pero capaz de aculturarse; incapaz de crear su propia cultura, pero capaz de aprender la cultura, las costumbres y los “buenos hábitos” de los estadounidenses. En la siguiente sección elaboraré las representaciones del puertorriqueño que establecieron la base cultural para la dominación política y económica. El “otro” puertorriqueño no fue solamente el objeto de este proyecto colonial, fue también su resultado.

Las representaciones del “otro” puertorriqueño

El libro no presenta una sola definición o una sola representación del pueblo de Puerto Rico, sino que a través del texto y de las fotografías se utilizan varios códigos para representar a los puertorriqueños desde distintos puntos de vista. En este sentido, la identidad de los puertorriqueños no se presenta de forma unitaria o coherente, sino que se expresa mediante diferentes perspectivas, tensiones, dudas y contradicciones. Como ya se ha planteado, el código fundamental en el libro *Our Islands and Their People* es el contraste, a grandes rasgos, entre lo primitivo y la civilización. La representación del estado primitivo como un paraíso es una de las nociones más importantes en la descripción de la geografía y la gente de Puerto Rico. Según el